

Será del rey Alhamar,
á quien con guerras crüeles
inquietan los Oximeles.

ESCENA XII

DICHOS y MAHOMAD.

MAHOM. Al rey Fernando he de hablar.
FERNAN. Llegar puedes.
MAHOM. Un papel
traigo que os dar, y primero,
gran señor, besar os quiero
los piés.
FERNAN. Alzad.
(Dale una carta y lee para sí.)
MAHOM. Ver en él
de mi Rey la pretensión
puede vuestra majestad.
PAJA. Bon amego Mahomad,
¿no lloramox me prexión?
MAHOM. Solimán, ¿qué haré llorando,
cuando de Alá es permitida?
PAJA. ¿Pox quedamox de por vida
cautivox del rey Herrando?
MAHOM. No harás si el Rey que me envió
el librarle á cargo toma.
PAJA. Lleva el diablo á seor Mahoma
y el perra que lo parió.
FERNAN. Mahomad.
MAHOM. Señor.
FERNAN. Bien puede
llegar al Rey.
MAHOM. Tal piedad
á tan alta Majestad
iguála, si no le excede.
Voy á avisarle. (Vase el Moro.)

ESCENA XIII

DICHOS, MENOS MAHOMAD.

FERNAN. María,
Reina celestial, por vos
milagrosamente Dios
nos favorece y nos guía.
Amigos, nuestra es Jaén.
D. LOR. ¿Quiérela el Rey entregar?
FERNAN. Hoy en ella hemos de entrar.
M. DE S. Dárseos puede el parabién,
que es muy próspero suceso,
señor, por no ser posible
rendirla.
D. LOR. Es un infalible
milagro.
FERNAN. Pues demás deso
ofrece ser mi vasallo,
y la mitad de sus rentas.
Hácenle muchas afrentas,
y pretenden despejallo
los Ogimeles, y quiere
valerse de mi poder.
M. DE S. De lo que os envía á ofrecer,
lo que le afligen se infiere.
PAJA. Alhamar es perro viejo,
y asegura su quietud:
déle Dios mucha salud
á quien le dió este consejo.

FERNAN. Es fuerza, aunque de otra ley,
que el que á mí llega afligido
sea amparado y defendido.
D. LOR. Ese es ánimo de Rey.

ESCENA XIV

DICHOS, EL REY ALHAMAR y MAHOMAD.

ALHAM. Déme vuestra Majestad
á besar su mano.
FERNAN. (Retirando la mano.) Es justo
que mis brazos con gran gusto
den muestras de mi amistad.
Levantá del suelo.
ALHAM. En vano
negáis la mano á mi fe,
porque en el suelo estaré
hasta que os bese la mano.
FERNAN. Eres Rey, y yo profeso
humildad.
(Tómele la mano y bésela.)
ALHAM. No os resistáis,
que si como á Rey me honráis,
como vasallo os la beso.
En Jaén podéis entrar,
que ya está llana, señor.
(Levántele el Rey.)
FERNAN. Seré amigo y protector
del rey Abenahamar.
ALHAM. Yo vuestro esclavo.

ESCENA XV

DICHOS y GARCÍ PÉREZ

GARCÍ P. Ya están
los doscientos moros presos.
ALHAM. Nuestros pasados excesos
perdonad, y á Solimán,
capitán desa cuadrilla,
que dellos os serviréis
y de otros mil, si queréis
ir á cercar á Sevilla.
FERNAN. Queden libres, pero no
Solimán.
ALHAM. Advertid que es
muy valeroso.
FERNAN. Después
sabrás cómo te engañó.
Yo, en guarneciendo á Jaén,
á Sevilla he de cercar.
ALHAM. Este es tiempo de abrasar
sus mieses. Yo iré también
para que su Rey, que el bando
de mis contrarios anima,
vea lo que Alhamar estima
ser vasallo de Fernando.
FERNAN. Conforme á este memorial
nuestro contrato firmemos.
ALHAM. En Jaén lo firmaremos.
Entrad con pompa real,
que ya mi gente os desea,
viendo cuanto se mejora;
y como en Jaén agora,
en la gran Sevilla os vea.

ESCENA II

AXATAFE, ALBENZAIDE y ABENRAJEL, astrólogo.

ALBENZ. Ya Abenrajel está aquí.
ABENRAJ. Tus piés beso, y quiera el cielo
que con prudente recelo
señorees los astros.
AXAT. Dí,
¿tan sabio eres, que llora
nuestros daños tu cuidado?
ABENRAJ. Nunca, señor, me ha pesado
de ser sabio, sino ahora.
Mi patria me hacen llorar
los estudios, y el saber
sin consuelo de temer,
que me he podido engañar.
Pero, cielos, la hora es esta
en que prometen mi muerte
las estrellas: ¡triste suerte!
no puedo daros respuesta,
que la muerte imaginada
turba mi lengua y sentido.
Matarme quieren. (Caiga desmayado.)
AXAT. ¿Qué ha sido?
ALBENZ. Una locura extremada.
Dice que halla por su ciencia
su muerte á este tiempo y hora,
ó que pretenden ahora
matarle con violencia:
y este desmayo mortal
causó la imaginación.
AXAT. Mayor es mi turbación,
aunque es tan grande su mal.
Darle la muerte quería
en premio de su juicio,
y este desmayo es indicio
de su gran sabiduría.
Mi pensamiento y su muerte
supo: en confusión me ha puesto,
que quien ha acertado en esto,
temo que en mi daño acierte.
La vida tienes segura.
Levanta.
(Levántese ayudándole.)
ABENRAJ. Beso tus piés.
AXAT. Quiero que cuenta me des,
pues has alzado figura,
del daño desta ciudad
por el cerco de Fernando.
ABENRAJ. ¡Gran señor!
AXAT. No estés temblando;
háblame con libertad.
ABENRAJ. Una figura he juzgado
para ver la duración
que tendrá en nuestra nación,
Sevilla. El punto he tomado
de aquél en que fué ganada
por los nuestros; y en su daño
hallo que será este año
á enemigos entregada.
Otra figura alcé en prueba
desta, sirviendo de intento
el punto del nacimiento
del rey Fernando.
AXAT. ¿Y comprueba
esotra?
ABENRAJ. Con tal verdad,

FERNAN. En estando consagrada
la iglesia, con devoción
en militar procesión
se haga una solene entrada.
(Vase con música.)

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

AXATAFE, rey de Sevilla, y ALBENZAIDE.

AXAT. Querer rendir á Sevilla
no es pretensión, es locura.
ALBENZ. Un imposible procura
con que al mundo maravilla,
y más con haber jurado
que en el cerco ha de asistir
hasta rendirla ó morir.
AXAT. El ánimo le ha engañado,
no advirtiéndolo hoy se encierra
para un siglo bastecida,
y que está fortalecida
con cien mil moros de guerra.
Veinte leguas de Azarafe
nos bastecen por Trifana;
en fin, es intención vana,
y más reinando Axatafe.
ALBENZ. Reines mil años, señor,
para que á Sevilla ampares;
pero es justo que repares
con recatado valor
en que es un rey prodigioso,
Fernando.
AXAT. Trae poca gente,
y aunque la anime ó aumente,
alzar el cerco es forzoso.
ALBENZ. Yo consulté á Abenrajel,
celebrado judiciario,
y es de parecer contrario.
AXAT. No es justo hacer caso dél.
¿Y qué dice?
ALBENZ. Que será
Sevilla perdida.
AXAT. Ese hombre
engaña con fama y nombre.
ALBENZ. Es muy docto.
AXAT. Loco está.
Como Alcalá se rindió,
y de paso entró á Gerena,
á Cantillana á Guillema,
y ya Carmona se dió,
en Sevilla certifica
la ejecución del intento.
ALBENZ. Señor, con más fundamento
nuestro daño pronostica.
Yo le hice venir conmigo
para que oigas el que tiene,
que pagar parias conviene,
y echar de aquí este enemigo.
Oyele, y sus letras premia,
que es sabio. Voile á traer.
AXAT. Por Alá que lo he de hacer
empalar por la blasfemia.
(Vase Albenzaide á buscar al astrólogo,
y vuelve al momento con él.)

- que le promete á este Rey que con gente de su ley poblará nuestra ciudad.
- AXAT. De presente no hay señal que tu pronóstico entable: Sevilla es inexpugnable.
- ABENRAJ. Es tan cierto nuestro mal, que estando ya comprobado con dos iguales juicios, y llamando los indicios al temeroso cuidado, hallé una confirmación de un antiguo, á quien se debe grande fe.
- AXAT. ¿Hay quien compruebe, Abenrajel, tu opinión?
- ABENRAJ. Tumerto, aquel africano astrólogo sin segundo, que dejó admirado el mundo con su ingenio soberano. El que predijo á Abdelmón su imperio, tan verdadero, que siendo hijo de un ollero, fué Rey de nuestra nación. En uno de los ochenta pronósticos que escribió esta pérdida lloró.
- AXAT. No sé yo donde la cuenta, que sus pronósticos tengo leídos y venerados, doctamente interpretados.
- ABENRAJ. Que hay muchos yerros prevengo en las interpretaciones.
- AXAT. (Llamando.) Hola.
- UN CRIAD. Señor.
- AXAT. Dame el libro de Tumerto, que en él libro la luz destas confusiones. (Vase el criado.)
- ABENRAJ. Vea vuestra majestad el pronóstico veintiuno. (Entra el Criado con el libro, tómate el Rey.)
- AXAT. Ni en ese ni en otro alguno trata de nuestra ciudad.
- ABENRAJ. Culpable fuera, señor, que una ciudad tan grandiosa pasara en silencio.
- AXAT. Es cosa muy posible.
- ABENRAJ. Eso en rigor; pero despacio mirado, verás cuán bien lo entendí. (Hojeando el libro.)
- AXAT. Veintiuno. Dice así el pronóstico citado. (Lee.) «Después de dar el sol por el Zodiaco quinientas vueltas sobre treinta y cuatro, mirando capellares y turbantes en la Libia ciudad, cuyas murallas al que murió infeliz hacen eterno, el gran restaurador del alto nombre, alcázares de estatuas fabricante, de bronce al cielo; y con temor valiente, su ciudad asentada sobre el fuego entrará en la abundante y invencible, habiéndole segado la garganta con cuchillo de palo: acción que espanta.»
- ALBENZ. Ríndome; oscuros están.
- AXAT. Dice un autor diligente que habla de la Libia ardiente y de la ciudad de Orán: y la que dice asentada sobre el fuego, que es Madrid, por cuya gente y ardid Orán ha de ser ganada.
- ABENRAJ. No me quiero detener en refutar la opinión de ese autor, que es dilación prolija, y no es menester. Sólo para inteligencia de lo que dice Tumerto asentaremos por cierto, pues que lo es con evidencia, que ha que el sol mira turbantes en Sevilla, ó su teatro, quinientos y treinta y cuatro años. Tanto ha que, inconstantes, la dejaron los cristianos y que el moro la posee, y el sol capellares ve en los moros sevillanos. Llámala libia ciudad, porque Hércules comenzó á fundarla; y se llamó Libio. También es verdad que la cercó de muralla Julio César, que fué muerto á puñaladas.
- AXAT. Tu acierto quiero ver leyendo. Calla. (Lee.) «Después de dar el sol por el Zodiaco quinientas vueltas sobre treinta y cuatro mirando capellanes y turbantes en la Libia ciudad, cuyas murallas al que murió infeliz, hacen eterno.» Hasta aquí se entiende bien.
- ALBENZ. Y al parecer, propiamente habla del tiempo presente y de Sevilla también.
- AXATAFE. (Lee.) «El gran restaurador del alto nombre.»
- ABENRAJ. Ese es Fernando, que tanto ha restaurado, y es hombre, cual veis, de tan alto nombre, que todos le llaman santo.
- AXATAFE. (Lee.) «Alcázares, de estatuas fabricante.»
- ABENRAJ. Esos alcázares son mil templos que ha fabricado y rentas les ha aplicado con cristiana devoción. El hizo, acabó y dispuso el gran templo toledano, y en público de su mano la primera piedra puso.
- AXATAFE. (Lee.) «De bronce al cielo y con temor valiente.»
- ABENRAJ. De bronce al cielo, está claro, pues con prolija asistencia es de bronce á la inclemencia del cielo. Es hombre tan raro,

- que aunque en el cerco perece gran parte de sus soldados, de frío y calor fatigados, nada teme ni le empece.
- AXAT. Con temor valiente ¿qué es?
- ABENRAJ. Que siendo tan valeroso, es de su Dios temeroso.
- AXAT. ¿De qué suerte?
- ABENRAJ. ¿No lo ves? En toda la cristiandad se venera su paciencia, su piedad, su penitencia, su justicia y su humildad. Persiguiéndole su padre con las armas y en persona por quitarle la corona que fué herencia de su madre, aunque teólogos sabios le dijeron que debía defender su monarquía de los paternos agravios, no quiso tomar jamás las armas, aunque ofendido, contra su padre: ¿no ha sido temeroso de Dios? Mas, que por observar su ley á mil rebeldes vasallos, que pudiera castigarlos como justiciero Rey, perdonó; fueron traidores, haciéndole injusta guerra, y talando[le] su tierra los condes y otros señores, prendiéndolos, y sus amigos los hizo.
- AXAT. Acción soberana: que sin duda es sobrehumana perdonar los enemigos. (Lee.) «Su ciudad asentada sobre el fuego.»
- ABENRAJ. Su ciudad es el real, que en el campo de Tablada es una ciudad formada, sin faltar cosa esencial. Tal concierto y pulicía tiene, y tan grande artificio, que hay calle de cada oficio y cualquier mercadería; plazas para bastimentos, gente de cualquier nación, y es ciudad, en conclusión, con todos sus cumplimientos. (Axatafe lee.)
- AXAT. «Su ciudad asentada sobre el fuego.»
- ABENRAJ. Nuestras mieses abrasaron, fuego á Tablada pusieron, y en el fuego que encendieron sus reales asentaron; y así la llama ciudad asentada sobre el fuego.
- AXAT. Poco á poco á creer llego mi ruina y su verdad. (Lee.) «Entrará en la abundante y invencible. Eso es que entrará en Sevilla. [ble.]»
- ABENRAJ. ¿Pues cómo, siendo invencible?
- ABENRAJ. A este Rey no hay imposible: todo su estrella lo humilla.
- AXAT. (Lee.) «Habiéndole segado la garganta con cuchillo de palo; acción que es- El ladrón que tal escribe... [panta.]»
- ABENRAJ. Nuestra garganta es, si atento se ve, paso del sustento que el estómago recibe; y de Sevilla diremos, que es la garganta, la puente por donde ya hoy solamente pasa el sustento que vemos, pues hoy, señor, como ves, ó como del Real se entiende, el rey Fernando pretende dar con la puente al través. Dos naves de las más buenas apresta para este intento, que con la fuerza del viento rompan barcos y cadenas. Desta acción se maravilla Tumerto, que al derribar la puente, llama segar la garganta de Sevilla, y á las dos naves, cuchillo de palo.
- AXAT. Está interpretado tan bien, que me da cuidado, si bien no es justo sentillo. Querer derribar la puente de nuevo fortificada y con cadenas trabada, es frenético accidente.
- ABENRAJ. Solas dos cosas podrán mejorar nuestra fortuna: matar al Rey es la una; otra es que, con alquitrán, estopa, pez y resina se hagan balsas, y con ellas en tiempo que á las estrellas densas nubes sean cortina, en las naves se eche fuego, que si se quema su flota, nuestra desgracia remota abrirá puerta al sosiego.
- ALBENZ. En el Real traigo una espía en hábito de cristiano, que plaza de castellano pasa en una compañía.
- AXAT. ¿Ese no es Ali Muley?
- ALBENZ. Allá se llama Barzaga, y presa espero que haga en la persona del Rey, que en hallando algún camino ha de avisar nuestra gente.
- ABENRAJ. Es moro astuto y valiente, y en la lengua muy ladino.
- ALBENZ. Ése por coger trabaja á Fernando en soledad, y ha granjeado la amistad de un truhán llamado Paja, que como es entremetido, sabe el secreto mayor, y en efecto es hablador.
- ABENRAJ. Eso está bien prevenido.
- AXAT. Echar en las naves fuego es cosa muy importante, y á asegurarnos bastante.
- ABENRAJ. Importa que se haga luego.
- ALBENZ. Abenrajel lo ha de echar,

para que se acierte en todo.
 AXAT. Vamos á arbitrar el modo.
 ABENRAJ. (Ap.) ¡Qué poco ha de aprovechar!
 (Vanse los tres.)

ESCENA III

ALÍ, en hábito de cristiano, y PAJA. Toquen música.

ALÍ. ¿Qué es esto?
 PAJA. El Rey ha traído en procesión ostentosa una imagen milagrosa de la Virgen, y ha venido con ella en esta ocasión el Príncipe.
 ALÍ. ¿Ha entrado ya con la gente que le da su suegro el rey de Aragón?
 PAJA. Todos la han acompañado, y ya la imagen bendita queda en la famosa ermita que en el Real le han fabricado.
 ALÍ. Muy largo cerco se espera.
 PAJA. Si al Rey se le apareció San Isidro, y le animó, justamente persevera.
 ALÍ. Dicen que trae consigo á don Ramón de Losana, clérigo de sobrehumana ciencia.
 PAJA. Es don Alonso amigo de hombres doctos. Yo me voy, señor Barzaga, á Alcalá: ved lo que queréis de allá.
 ALÍ. Ya sabéis que vuestro soy. ¿á qué váis?
 PAJA. Llevo una carta del santo Rey á la reina, que Amor en sus pechos reina, aunque Marte los aparta.
 ALÍ. Querrá la ver, que en efecto tanta ausencia lo promete.
 PAJA. Yo voy á ser alcahuete, pero advertid que es secreto: esta tarde la va á ver disimulado.
 ALÍ. ¿Y qué gente llevará?
 PAJA. No la consiente el secreto, ni el lugar, por lo cual tiene intención de llevar solo consigo algún caballero amigo.
 ALÍ. (Ap.) (Del cielo es esta ocasión.) ¿Vendréis hoy?
 PAJA. (Ap.) (A este soldado ya con enfado le escucho, que aunque me regala mucho, es preguntador cansado.) Adiós, que hoy he de volver, y los reyes salen ya de la ermita. (Vase Paja.)
 ALÍ. Por Alá que á Fernando he de prender. (Vase Alí.)

ESCENA IV

El rey D. FERNANDO, LORENZO SUÁREZ, GARCÍ PÉREZ, el PRÍNCIPE y D. RAMÓN LOSANA.

LOSANA.

No he visto imagen que con tal imperio levante al cielo el corazón humano. Contemplo en ella á la gloriosa Virgen, y un divino retrato verdadero de como está en el cielo.

PRÍNCIPE.

Algunas cosas repugnan al estar así en el cielo, si bien confieso que es cosa divina.

FERNANDO.

Alonso siempre tiene la contraria.

LOSANA.

Yo no hallo cosa que lo dificulte.

PRÍNCIPE.

Pues yo hallo cinco.

FERNANDO.

¿Cuáles son?

PRÍNCIPE.

No es justo...

FERNANDO.

En que esto se confiera tendré gusto.

PRÍNCIPE.

La primera es que tiene á Jesús niño, y no está así en el cielo. La segunda, que la Virgen murió y subió á los cielos de más edad de setenta años, y el retrato parece que es de treinta; luego no será imagen ó retrato de como está en el cielo. La tercera es, que tiene esta imagen por cabello una rica madeja de oro fino, y virisímil no es, aunque es decoro, que hubiese en tal edad cabellos de oro. Demás que á Alberto Magno le parece que la Virgen tendría el cabello negro, porque procede de igualdad de humores; y esta misma razón viene á propósito á la quinta objeción que se me ofrece, que es de Alberto también; el cual nos dice, que la igualdad de humores y la buena complexión que en la Virgen se supone, engendran un color de envés de rosa, que la cara hermosa, y que tendría este color el rostro de María. La imagen, como vemos, es morena, y si Cristo fué blanco y colorado, como de los cantares se colige, y no tuvo en la tierra otra persona á quien ser parecido, bien se infiere que la Virgen fué blanca y colorada. Es la quinta objeción, y sea la última, que estando recibida en las mujeres la pequeñez por gracia y hermosura, esta imagen es alta, y tal defecto no pudo hallarse en cuerpo tan perfecto.

DON LORENZO.

Bien dan en que entender las objeciones.

FERNANDO.

Don Ramón de Losana ¿qué os parece?

LOSANA.

Tiene su Alteza superior ingenio, y pienso que se funda su agudeza contra el común y propio sentimiento solamente en querer probar el mío; pero, pues, es forzoso obedecerlos, probaré con razón que es esta imagen retrato de la *Reina de los Reyes* como en el cielo está, aunque en tal cuidado quisiera responder más de pensado. Cuanto á tener el niño, no le tiene como retrato, sólo por insignia por la cual el cristiano reconozca que es la Madre de Dios, y muchas veces se ha visto aparecer en esta forma. Cuanto á su muerte y su subida al cielo, aunque murió la Virgen de setenta y dos años, tenemos de los santos que está en la gloria su sagrado cuerpo de edad de treinta y tres, no más, y es llano que lo tiene el retrato soberano. San Agustín, San Pablo y San Crisóstomo dicen, que todos resucitaremos de aquella misma edad que Jesucristo; y estando en tal edad, muy propiamente tiene la Virgen el cabello de oro, sin que obste el parecer á Alberto Magno que debió de ser negro, procedido de la buena igualdad de los humores; pues en contrario afirman que fué rubio Epifanio y Nicéforo; y Galeno le alaba por hermoso y por más bueno. Que sea el cabello rubio más hermoso, lo dicen las dañosas diligencias que por tenello han hecho las mujeres; y siendo el más hermoso, le tendría aquella en quien cifró Dios la hermosura. El cabello del rostro de su hijo, según dice Nicéforo, fué rubio, y con más evidencia se colige de dos cartas que Quéntulo y Pilato escribieron á Roma, donde trata cada uno de Cristo, y le retrata. Los cantares nos dicen del Esposo que tiene la cabeza de oro fino; y sea la conclusión de esta materia un testigo de vista muy auténtico. La bienaventurada Santa Brígida dice que vió á la Virgen, y el cabello tendido en sus espaldas, dice que era una bella madeja de hebras de oro: esa misma tenemos en la imagen, que causando en las almas mil consuelos, representa á la Reina de los cielos. Respondo á la objeción de ser morena, que aunque es lá conjetura razonable para que fuese blanca y colorada, es opinión que hallamos contradicha por Nicéforo y por San Epifanio, que dicen, que la Virgen fué trigueña.

Y esta opinión confirman las imágenes del tiempo de los godos veneradas; y que Cristo también fuese trigueño, tratando de sus partes y colores, lo tienen afirmado estos autores. Pero dado que blanco y colorado fuese en la Virgen el color nativo, cuando vino á tener treinta y tres años que lo hubiese mudado el sol, es fuerza, como ella nos lo advierte en los cantares. Y así por ser este color gracioso, como causado por amor del hijo, en sus penalidades y destierros lo pudo conservar hasta la gloria, como Cristo sus llagas, por señales del grande amor que tuvo á los mortales. A la quinta objeción responderemos, que es verdad que se dice comunmente que las mujeres han de ser pequeñas, porque del mal el menos; mas la Virgen, que fué el bien y el remedio de los hombres, y la mujer en todo más perfecta, no pudo ser pequeña, porque á serlo, no hubiera perfección en su hermosura. Una máxima es esta de Aristóteles, que la pequeña dice que es graciosa, pero que no es perfectamente hermosa; y entre cuatro precisos requisitos de la hermosura, pone la grandeza en el primer lugar. Y en la Escritura vemos que Adán, que fué inmediatamente hecho por Dios, con perfección hermoso, y al respecto también su compañera, fueron muy altos, tanto, que se escribe que era cama de Adán, en que dormía, una piedra de treinta pies de largo, después que el sueño echó á su cuerpo embargo. José, David, Sansón y otras figuras de nuestro Salvador fueron muy altos; y que es gala en las mujeres, nos lo dicen los disformes chapines deste tiempo. En la ciudad de Roma, hay en la iglesia de San Juan de Letrán una medida del cuerpo de la Virgen, que yo he visto, y es de la misma altura desta imagen, alta con proporción, sin demasia. Y así, de todo con certeza infiero que es divino retrato y verdadero.

PRÍNCIPE. Honrado han mis desvarios á Don Ramón de Losana.

D. LOR. Cada objeción queda llana.

FERNAN. Don Ramón.

LOSANA. Señor.

FERNAN. Cubríos.

LOSANA. Es contra todas las leyes del real decoro, señor.

FERNAN. Cubríos por defensor de la *Reina de los Reyes*.

Y porque á nadie en Castilla pueda exceso parecer, título os doy de primer arzobispo de Sevilla.

Y no entendáis que es premiar de anillo, á Sevilla os doy, porque con certeza estoy de que la hemos de ganar.

LOSANA. Bésos los pies, que es muy cierta la duda en que me ponéis, pues merced que vos hacéis no puede salir incierta.

ESCENA V

DICHOS y RAMÓN BONIFAZ.

BONIFAZ. Dos naves se han aprestado para que á la puente vaya, de las trece que en Vizcaya hice por vuestro mandado; mas sin viento del Poniente, que falta seis meses ha, cosa imposible será que derribemos la puente.

FERNAN. ¿Pues en sólo eso consiste el rendir esta ciudad?

BONIFAZ. Muy buena es mi voluntad, pero el cielo la resiste.

FERNAN. *(Aparte.)* ¡Valgame Dios! ¿Si es divino impulso el que al corazón inclina más á esta acción que al concertado camino? Al amor que dentro reina, le dice, aunque le es molesto, que Dios se sirve más desto que de ir á ver á la Reina. Ramón Bonifaz.

BONIFAZ. Señor.

FERNAN. Mañana es día de la Cruz, en que Cristo, nuestra Luz, fué glorioso vencedor. Mañana hemos de vencer por su infinita bondad esta gran dificultad.

BONIFAZ. Sin viento no puede ser.

FERNAN. ¿Del Poniente ha de venir?

BONIFAZ. Muy recio, y aun plegue á Dios que baste.

FERNAN. Virgen, por vos mi intento he de conseguir. En cada una de las dos naves una cruz llevad, y el suceso encomendad con grandes veras á Dios.

GARCI P. Señor, los nobles han ido, y ya la mano han besado á la Reina. Yo he faltado por justas causas que ha habido. Si me dais licencia, iré está tarde.

FERNAN. Yo os la doy, y avisaréis que no voy, García.

GARCI P. Yo avisaré.

(Toquen y vayanse.)

ESCENA VI

ALÍ, ALBENZAIDE y MOROS, todos en traje de cristianos.

ALÍ. Nadie ha de extrañar el veros por el traje en que venís, que entenderán que salís para guardar los herberos.

Lo que importa es que no habléis, porque ninguno es ladino, y se puede abrir camino á que cautivos quedéis ó muertos, sin que logremos esta importante ocasión, que ha de ser la remisión del aprieto en que nos vemos.

ALBENZ. Aquí tienen tus agudos ardidés. Ali Muley, para la prisión del Rey veinte ejecutores mudos.

ALÍ. A Alcalá desde Sevilla este es forzoso pasaje, que por eso en tal paraje se ha labrado esa ventilla.

ALBENZ. Aquí aguardaremos, pues; lo demás queda á tu cuenta.

MORO I.º Un hombre paró en la venta.

ALÍ. Yo llegaré á ver quien es.

ESCENA VII

DICHOS, PAJA y el VENTERO.

PAJA. Ventero ¿qué hay de comer, que está el molino picado?

VENT. Habrá algún torrezno asado, y buen vino que beber.

PAJA. Pues abrid por medio un pan y animadlo con tocino, desquitaremos en vino el agua de Solimán. *(Vase el Ventero.)*

ALÍ. Seguras tiene el seo Paja las espaldas, yo las guardo.

PAJA. Pareciéndole que tarde sale al camino y me ataja. Guarda de espaldas molesta os será Barzaga, y más si preguntáis por detrás, que no es cortés la respuesta. ¿Qué gente es esa?

ALÍ. Estos son veinte soldados de guarda de herberos. ¿La Reina aguarda á su esposo?

PAJA. A la oración. ¿No es Don Pedro Finestrosa con su gente y compañía de guarda?

ALÍ. Así se decía, pero acordóse otra cosa. *(Sale el Ventero con un pan abierto y tocino dentro.)*

VENT. Este recado está aquí.

PAJA. Y á fe que trae buen recado: ¿adivino el convidado?

VENT. ¿Traeré media azumbre? Sí.

(Vase el Ventero. Paja comá y dele á Ali.)

ALÍ. Ea, merendemos. ¿Qué es esto?

PAJA. Muy bien se puede comer.

ALÍ. ¿Es tocino?

PAJA. Al parecer.

ALÍ. Yo no me hallo bien dispuesto, y me haría daño.

PAJA. No hará, que está asado.

ALÍ. Yo recibo la merced.

(Paja refregándole la boca con el tocino.)

PAJA. No seáis esquivo: Abrid la boca, que está provocativo.

ALÍ. ¡Qué necio!

¿Por fuerza queréis que coma?

PAJA. ¿Es precepto de Mahoma, ó del convite desprecio?

ALÍ. No estoy bueno.

PAJA. Estos soldados

harán por vos la razón.

Pocos los torreznos son para tantos convidados.

Comer puede esta pringada un rey de espadas ó de oros.

(Acércase á los moros con el tocino, y estos le dan un golpe que le hace soltarlo de la mano.)

¡Vive Cristo! que son moros, *(Ap.)*

y que es alguna celada que está aquí guardando el Rey.

(Albenzaide á su gente.)

ALBENZ. Fuerza es que le detengamos, que ha maliciado.

(Lléganse á Paja, y sale de nuevo el Ventero con limeta y taza, que coge el truhán.)

PAJA. Bebamos.

MORO I.º Avisaré á Ali Muley.

ALÍ. No acostumbro á beber vino por la tarde.

PAJA. ¿Es rejalar?

ALÍ. No lo tengo de probar.

PAJA. Yo me corro y me amohino, Barzaga; de veras hablo.

ALÍ. Es dieta, no os asombre.

PAJA. Decidme, ¿Barzaga, es nombre de pila?

ALÍ. Es nombre de diablo.

PAJA. Yo lo creo. ¿Qué se debe? *(Al Ventero.)*

VENT. Señor, dos maravedís.

PAJA. ¿Linda gracial? ¿Qué decís?

¿Cuál de vuescarcedes bebe dos maravedís? Robando

estáis el mundo.

ALÍ. La paga

está aquí.

(Paga Ali el gasto. Vase el Ventero, y entonces los moros, después de quebrar la limeta y taza á Paja, lo maniatan.)

PAJA. Señor Barzaga,

¿qué es esto?

ALÍ. Se están burlando.

PAJA. ¿Se están burlando? ¡ah, traidor!

MORO I.º Garcí Pérez viene aquí:

¿qué haremos?

ALÍ. Dejadme á mí.

ESCENA VIII

DICHOS y GARCI PÉREZ, que entra por una puerta en donde están los moros. Atraviesa la escena y se le cae un lenzuelo.

PAJA. ¡Mi amo y mi redentor!

GARCI P. ¿Qué genter?

ALÍ. Amigos y guarda de los herberos.

PAJA. *(Ap.)* Callar.

será bien, por excusar alguna zalagarda.

GARCI P. Vuelve conmigo á Alcalá.

PAJA. Vamos. ¿Viene el rey?

GARCI P. No viene.

PAJA. *(Algún angel le detiene.)*

¿Qué ha sido?

GARCI P. No viene ya.

PAJA. Es santo.

GARCI P. Dame aquel lienzo,

que se ha caído.

(Paja con las manos atadas atrás hace diligencias para alcanzar el lienzo, y no puede.)

ALBENZ. *(Á los suyos.)* Mal

hemos hecho en perder tal

cautivo: yo me avergüenzo,

si por temor se ha dejado.

ALÍ. ¿Quién cautivarlo pudiera?

ALBENZ. Cuando yo sólo viniera

le llevara maniatado.

ALÍ. ¿Pues cómo no se hizo así

cuando lo de la escofieta?

MORO I.º ¡El diablo que le acometal!

ALBENZ. Porque yo no estaba allí.

GARCI P. ¿No acabas? ¡Hay tal torpezal!

PAJA. *(Ap.)* ¡Ni puesto al hilo ni al sesgo

lo alcanzo, y estoy á riesgo

de hacer alguna vileza.

(Échase de espaldas y coge el lienzo.)

MI silencio es por demás.)

Señor, aquellos soldados

son...

GARCI P. ¿Qué?

PAJA. Moros disfrazados.

Cual ves, atadas atrás

las manos, me ví en prisión.

Desátame.

(Garcí Pérez, que desata á Paja.)

GARCI P. Pues ¿por qué

callaste cuando pasé?

PAJA. Porque sé tu condición,

y temí, que hay veintiuno.

GARCI P. ¡Vive Dios! que he de volver.

(Huyen los moros.)

ALBENZ. ¡Que vuelve!

ALÍ. Yo sé correr.

PAJA. Ya no ha quedado ninguno.

GARCI P. La culpa has tenido tú.

PAJA. Honra has comprado barata.

Hazles la puente de plata,

y vayan con Belcebú.

(Vanse por donde iban.)

ESCENA IX

DON LORENZO SUÁREZ y EL GRAN PRIOR DE SAN JUAN.

PRIOR. Milagro es de la oración

del Rey, pues tan de repente

sopla el viento de poniente

que ha deseado Ramón

Bonifaz.

D. LOR. Con la una nave

á embestir la puente va.

PRIOR. Mayor milagro será
que la remueva y destrabe.
D. LOR. Y no es grande, si se nota
el milagro que hubo ayer,
en que se echase de ver
que querían quemar la flota.

ESCENA X

DICHOS y el rey DON FERNANDO, el PRÍNCIPE, el MAESTRE
DE CALATRAVA y RAMÓN BONIFAZ, en una nave en-
frente del tablado, ó una puerta en la popa.

FERNAN. Quien el Sur-sueste envía
hará entera la merced.
Ramón Bonifaz, ponéd
vuestra esperanza en María.
BONIFAZ. Vuestros mandatos son leyes
divinas; más son que de hombre,
y así á embestir voy en nombre
de la Reina de los Reyes.
FERNAN. La Virgen vaya con vos.
PRIOR. Con la creciente y el viento
parece rayo violento.
*(Corra la nave y hágase ruido dentro
de caer la puente.)*
FERNAN. Logró nuestro intento Dios.
D. LOR. Este ha sido inmortal hecho
milagrosamente obrado.
Los barcos se han destrabado,
y la puente se ha deshecho;
y el moro, que sin remedio
de bastimentos se halla,
reducir quiere á batalla
los peligros del asedio.
PRIOR. De la ciudad han salido
á pelear.
FERNAN. Hazaña es sabia,
aunque es conocida rabia
de haber la puente caído.
Ánimo, española gente,
que al fin se canta la gloria,
cierta tenéis la victoria,
pelead valerosamente.
Sevilla al moro destierra
y á nuestro poder lo envía;
invoquemos á María,
y á Santiago: ¡al arma, cierral
*(Tocan cajas y vanse con las espadas
desnudas y salen Albenzaide, Ali y otros
moros con los demás que quedan acuchi-
llándose y retirándose de Don Lorenzo
Suárez y el Prior de San Juan y el Maestro
de Calatrava. Vueltan á salir los moros
acosando al Santo Rey y salga en su ayu-
da el Príncipe y luego Garcí Pérez y Paja
y luego D. Lorenzo, el Prior y el Maestro
de Calatrava.)*
ALBENZ. El ánimo te ha engañado,
Rey, y metido te has
donde cautivo serás,
ó muerto.
PRÍNCIPE. Estoy yo á su lado,
perros.
ALBENZ. Moriréis los dos.
FERNAN. Si en peligro me he metido,
Virgen, bien sabéis que ha sido
justa confianza en vos.
GARCÍ P. ¿Vióse tal temeridad?

ALÍ. ¿A Garcí Pérez no véis?
*(Huyen los moros, y tras ellos Garcí Pé-
rez y Paja.)*
D. LOR. *(Al Rey.)* ¿Dónde váis, señor? ¿queréis
entrar sólo en la ciudad?
FERNAN. Escalemos la muralla,
y dentro en Sevilla entremos,
pues ya encerrada tenemos
esta cobarde canalla.
PRIOR. *(Grita.)* ¡Escalas!
D. LOR. Por esta parte
podemos acometer,
y pues riesgo puede haber,
vuestra majestad se aparte.
*(Pongan escalas y suban y defiendan el
muro los moros, menos Ali.)*
FERNAN. Nada temáis, Don Lorenzo,
que Dios es en nuestra ayuda.
De golpe la gente acuda,
que no es muy fuerte este lienzo.
(Sale Albenzaide.)
ALBENZ. Prodigioso rey Fernando,
si gustas de que se trate
de medios, cese el combate
que en vano estás intentando.
En este estado se quede
hasta que el Rey salga al muro,
que con licencia y seguro
te quiere hablar.
FERNAN. Salir puede.
(Vase Albenzaide.)
¿Qué decís desto? *(El Rey á sus conse-
jeros.)*
PRIOR. Que haciendo
aventajado partido,
con honra se habrá salido.
FERNAN. Honra y provecho pretendo.

ESCENA XI

DICHOS y el rey moro, AXATAFE, en el muro.

AXAT. Fernando, aunque está mi gente
bastecida y animada
á morir determinada
peleando animosamente,
me ha parecido excusar
la mortandad que ha de haber
en éstos, por defender,
y en esotros, por entrar.
Dos embajadores salen
de mi ciudad á tu tienda
para que dellos se entienda
mi intención, y ellos señalen
los buenos medios de paz
que á los dos bien nos estén.
FERNAN. Hubiérase hecho esto bien
si no fueras pertinaz.
En otro tiempo, es verdad
que pudo haber medios buenos,
mas hoy no los hay con menos
de entregarme la ciudad.
AXAT. Oye, señor, mi embajada,
verás que servirme quiero,
y de tu prudencia espero
resolución acertada,

que más cuerdo, que cobarde,
tu gracia buscando estoy.
FERNAN. A oír tu embajada voy.
AXAT. Alá te prospere y guarde.
(Vanse todos.)

ESCENA XII

ALÍ, de moro, maniatado, y conducido por PAJA,
que le maltrata.

PAJA. Mestizo preguntador,
sabrás el Rey de qué manera
capitán de mudos era
tan grandísimo hablador.
¡Vive Dios! perro cobarde
que habéis de comer tocino
gordo y rancio, y beber vino,
aunque sea por la tarde.
Pringado habéis de dar cuenta
desde el día en que nacisteis
por las preguntas que hicisteis
para salir á la venta.
ALÍ. Ingratamente me pagas
la amistad que entre ambos hubo.
PAJA. Yo sabré que origen tuvo
la casta de los Barzagas.

ESCENA XIII

DICHOS y GARCÍ PÉREZ.

GARCÍ P. ¿Qué es esto? ¿Por qué ocasión
la tregua estás quebrantando?
PAJA. No es fruta de contrabando
puntillazo y mojiçón.
En fin, ¿con treguas se trata
de partidos con el moro?
GARCÍ P. Su Rey á peso de oro
la gran Sevilla rescata,
pero está entero Fernando.
Mensajeros van y vienen,
y pienso que efecto tienen
los medios qua van tomando,
pues ya por la Reina han ido.
PAJA. Si la Reina viene, ciertos
son y honrosos los conciertos.
Rogad, perro mal nacido,
que os la depare Dios buena,
que á Sevilla han de rendir,
ó vos habéis de servir
de espantajo en una entena.
Señor, su maldad obliga
á un castigo muy solene:
mírale atento, que tiene
los diablos en la barriga.
Este, siendo Ali Muley,
fue Barzaga, y á ser vino
espía, y salió al camino
de Alcalá á prender al Rey.
GARCÍ P. El es tal, que piadoso
su traición perdonará.

ESCENA XIV

GARCÍ PÉREZ, ALÍ, PAJA y RAMÓN BONIFAZ.

BONIFAZ. La ciudad se entrega ya.
PAJA. ¿Hay perro ten venturoso?

COMEDIAS DE TIRSO DE MOLINA.—TOMO I.

GARCÍ P. Justo es que se satisfaga,
pues Axatafe se humilla
y nos entrega á Sevilla,
con entregarle á Barzaga.
ALÍ. ¡Qué!, ¿en fin la quiere entregar?
BONIFAZ. De espacio lo ha recateado.
El ser vasallo ha intentado
primero; luego pagar
lo que al Miramamolín.
El tercio de la ciudad
daba; después la mitad
con muralla en medio; en fin
con que salir se les deje
con lo que puedan llevar,
la ciudad se ha de entregar.
PAJA. Pues yo estoy hecho un hereje
de que vuesarcé se escurra,
aunque así lo ordene el Rey
tan contra razón y ley,
sin darle una gentil zurra.

ESCENA XV

DICHOS. Toquen y salen por una parte las damas
y la REINA á quien saque de la mano el PRÍNCIPE.
Por otra entran DON LORENZO SUÁREZ, los MAES-
TRES, DON RAMÓN LOSANA, hecho Arzobispo, el REY
DON FERNANDO y AXATAFE con las llaves de Sevilla
en una fuente y tómalas el Rey.)

(Axatafe, hincándose de rodillas.)

AXAT. Como dueño de Sevilla
su Rey tenéis á los pies
y sus llaves.
FERNAN. Rey, no estés
así.
AXAT. *(Levantándose.)* La razón me humilla.
FERNAN. *(Á la Reina.)* Será vuestra Majestad
bien venida y recibida,
pues le da la bien venida
tan alegre novedad.
REINA. Dichosa soy, pues me acerco
á merecer vuestro lado;
que lo demás han granjeado
diez y seis meses de cerco;
y como continuamente
fuisteis clemente y piadoso,
conseguis fin tan dichoso
en día de San Clemente.
FERNAN. Tan grande favor incita
al justo agradecimiento.
REINA. Yo haré el reconocimiento
á la Virgen en su ermita.
FERNAN. La iglesia sea consagrada
y la ciudad guarnecida,
y haga el moro su salida,
porque se haga nuestra entrada.
Su Patrona en procesión
llevemos á la ciudad
con solemne Majestad
y cristiana devoción.
GARCÍ P. Quedarán en este estado,
aunque no muy satisfechos
del rey Fernando los hechos,
que siendo á reyes dechado,
dió á Sevilla santas leyes,
y esta es, porque fin le demos,
la tradición que tenemos
de la Virgen de los Reyes.